

El fin del mundo se instaló en casa

Homenaje al poeta Juan Gustavo Cobo Borda

Evocando unos de los versos de su poema *Apocalipsis*, Ergoletrías hace un homenaje al poeta Juan Gustavo Cobo Borda, quien falleció el 5 de septiembre de este año en Bogotá, ciudad donde nació en 1948. Su labor intelectual y creativa fue doble: escritor de poesía y estudioso del género en varias antologías de poesía colombiana y latinoamericana, igual que su palabra crítica reúne variedad de ensayos sobre poetas colombianos, generaciones y expresiones artísticas del siglo XX, principalmente. Fue director de las revistas “Eco” y “Gaceta de Colcultura”. Entre sus títulos publicados, están: *La alegría de leer*, 1976; *La tradición de la pobreza*, 1980; *La otra literatura latinoamericana*, 1982; *Letras de esta América*, 1986) y *Álbum de poesía colombiana*, 1980. Como poeta fue autor de varios títulos: *Consejos para sobrevivir* (1974), *Ofrenda en el altar del bolero* (1981), *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (1983) y *Poemas orientales y bogotanos* (1992). Su poesía optó por los temas de la vida cotidiana y su lenguaje por los tonos coloquiales, haciendo del verso el reclamo político, la plática amorosa y el encuentro con lo imprevisto con la vida cotidiana. No recurrió a las imágenes delirantes ni grandilocuentes para expresar la sencillez que asombra en la poesía, que es don escaso. Que su obra nos acompañe siempre.



-Apocalipsis-

*Se acaba el papel toilette.
La crema de afeitarse.
La pasta de dientes.
Se termina el champú.
Se caen los botones.
Se arruga la ropa.
Los cuchillos pierden filo.
El pelo crece.
Se abren grandes grietas
en las suelas de los zapatos.
Los tapetes se desgastan.
Las goteras perforan la mente.
Hay que cortarse las uñas.
Cambiar las gafas.
Se fundieron los bombillos.
No vemos nada.
El fin del mundo se instaló en casa.*

-Colombia es una tierra de leones-

*País mal hecho
cuya única tradición
son los errores.*

*Quedan anécdotas
chistes de café,
caspas y babas.
Hombres que van al cine,
solos.
Mugre y parsimonia*

-Fiebre-

*Tengo la cabeza llena de mujeres.
Todas locas.
Todas desesperadas
por envolverse en la música
y bailar hasta el alba.
Por fuera, la discreción de la forma.
Por dentro, las más inconcebibles villanías
con tal de hamacarse en la dicha.
Me estallan las venas
al pensar en cuanto sugieren
como riendo,
como jugando con fuego,
y siempre una puerta abierta
para revolcarse felices en el lodo
y salir por otra, la cabeza en alto,
indemnes y puras como una magnolia.
Brujas, todas ellas,
dichosas rumbo al aquelarre.*

-Poética-

*¿Cómo escribir ahora poesía,
por qué no callarnos definitivamente
y dedicarnos a cosas mucho más útiles?
¿Para qué aumentar las dudas,
revivir antiguos conflictos,
imprevistas ternuras;
ese poco de ruido
añadido a un mundo
que lo sobrepasa y anula?
¿Se aclara algo con semejante ovillo?
Nadie la necesita.
Residuo de viejas glorias,
¿a quién acompaña, qué herida cura?*

-Retórica-

*Que tus errores no sean frutos del azar o del prejuicio
sino que tú los elijas
como quien elige su remordimiento
y el consiguiente castigo.
Y que conozcas, por fin,
tu íntima flaqueza y una abyección distinta.
Inútiles tus disculpas ante eso que aflora:
la cursilería, tan mal gusto.
Y que ojalá la libertad, arduamente conseguida,
te devore y te anule
concediéndote la dicha inadjetivable
de ser tú mismo
o sea nadie, nada;
apenas algo que se repite, y se repite.*

-Consejos para vivir-

I

*Tu recuerdo me acorrala
y un animal, débil y acezante,
cura sus heridas con paciencia.
Me huelo buscando en mi piel
huellas de la tuya
y hay algo ciertamente espantoso
en dormir sin ti.*

*Repito,
un poco cansado de recalcar lo obvio,
que te quiero y ojalá nunca me olvides.*

*Pero esto es, o pretender ser,
un poema de amor.*

*Borra el énfasis,
diluye todo grito patético
y recuerda que la mayor sabiduría
consiste en desaparecer a tiempo.*

II

*Ahora, cuando mi vida
se parece cada vez menos a mi vida,
recorro las calles de piedra del pasado
y contemplo, turbio de asco e ira,
cómo todo se reduce a la muy larga torpeza
de incesantes comienzos.*

*Recuerdos enmohecidos, malas costumbres
y ese desasosiego que nos acoge
con rubor inevitable: la cobardía.
Repugnancia por días inmundos
y el seguir, con terquedad,
prisioneros de nosotros mismos.*

*Vieja y sagaz
la tristeza adivina nuestro único rostro valedero.
Entretanto, en el bosque nocturno,
el cadáver florecía de deseo.*

-Nuestra herencia-

*En verdad sólo los viejos odian con razón.
Sólo ellos han hecho el duro aprendizaje
de la trampa doméstica
Oponen así un aire paternal a la usura de los días
y logran llegar inmunes
al tumultuoso desorden de la fiebre,
la boca llena de flemas,
escupiendo sangre y maldiciones
mientras las visitas comienzan a retirarse, en voz baja,
y reanudan su charla en la habitación vecina:
pésames y condolencias.*

-¿Perdí mi vida?-

*Mientras mis amigos, honestos a más no poder,
derribaban dictaduras,
organizaban revoluciones
y pasaban, el cuerpo destrozado,
a formar parte
de la banal historia latinoamericana,
yo leía malos libros.*

*Mientras mis amigas, las más bellas,
se evaporaban delante de quien,
indeciso, apenas si alcanzaba
a decirles la mucha falta que hacen,
yo continuaba leyendo malos libros.*

*Ahora lo comprendo:
en aquellos malos libros
había amores más locos, guerras más justas,
todo aquello que algún día
habrá de redimir tantas causas vacías.*

-Ofrenda en el altar del bolero-

*¿Habrá entonces otro cielo más vasto
¿Donde Agustín Lara canta mejor cada noche?
¿O seremos apenas el rostro fugaz
entrevisto en los corredores de la madrugada?
Aquel bolero, mientras el portero bosteza
y los huéspedes regresan ebrios:
aquel que habla de amores muertos
y lágrimas sinceras. Los amantes
se llaman por teléfono para escuchar
tan sólo su propia respiración.
Pero alguien, algún día, cambiándose de casa
encontrará un poco de aquellos besos
y mientras tararea:
Déjame quemar mi alma en el alcohol de tu recuerdo
escuchará una voz que dice: La realidad es superflua.*

-Salón de té-

*Leo a los viejos poetas de mi país
y ninguna palabra suya te hace justicia.
Ni nube, ni rosa, ni el nácar de tu frente.*

*El pianista estropeará aún más
la destartalada melodía,
pero mientras te aguardo,
temeroso de que no vengas,
Bogotá desaparece.*

*Deja de ser este bazar menesteroso.
Ni la palabra estrella, ni la palabra trigo,
logran serte fieles.*

*Tu imagen,
en medio de aceras desportilladas
y el nauseabundo olor de la comida
que fritan en la calle,
trae consigo algo de lo que esta tierra es.
En ella, como en ti, conviven el esplendor y la zozobra.*

**-El 25 de febrero de 1984, siendo las seis de la mañana,
Aurelio Arturo se me aparece en Buenos Aires-**

*Tú estás muerto pero sobreviven los versos.
La ciudad que fue la tuya quizás también esté muerta.
¿O acaso Bogotá continúa en un inhóspito juzgado;
en un encorbatado oficinista
que toma tinto y lee El Tiempo?
Tu amistad, que conmigo fue buena,
no requiere de anécdotas.
Sobrevive en la alta prosodia
con que soñaste un país verde.
En el gesto, casi negligente, con que pusiste,
sobre la página en blanco, "lunas de cáscara de huevo".
Ciertas gentes que como tú en la luz se desvanecen.
Lo dice Bergamín: Poesía es convertir
un momento histórico
en un instante eterno.
Bajo tu ancha sonrisa de seguro alentaba el mal genio
—esas cosas se advierten—
pero me aburre intentar tu silueta.
Corbatín, sombrero y chaleco: viejos tiempos.
No fuiste guía ni estrella
pero nos enseñaste a callar a tiempo.
Lejos de minucias estériles continuabas leyendo.
No citaré tus poemas.
No los usaré en contra de los necios.
Sin tener a mano tu poesía, te veo en sueños.*

